

Guerras genocidas vs pueblos en resistencia. La *no-existencia* de la infancia, de Chiapas a Gaza

Angélica Rico Montoya

Docente investigadora de la Universidad Rosario Castellanos, México. Cuerpo académico Territorios, memorias y pedagogías otras, desde la interculturalidad. REIR-Red Latinoamericana de investigación y reflexión con niñas, niños y jóvenes ✉ 

<https://dx.doi.org/10.5209/soci.97541>

Recibido: 15 de agosto de 2024 • Aceptado: 29 de octubre 2024

Resumen: La guerra de conquista y ocupación responde a la colonialidad del ser, del saber y del poder, no sólo busca apropiarse de los territorios y los recursos naturales sino de los espacios simbólicos, históricos y de memoria defendidos por los pueblos en resistencia. El apartheid en Palestina (1968-2024) y los conflictos armados internos de latinoamericanos como el de Chiapas en México (1970-2024) han respondido por décadas a procesos de colonización, en los que los estrategas militares no sólo buscan borrar la historia de los colonizados sino la posibilidad de futuro, mirando a los niños y adolescentes como los enemigos a vencer. Sin embargo, las niñeces zapatistas y las palestinas además de haber vivido por generaciones en contexto de violencia y colonización también han sido parte de un proceso de lucha por su territorio y emancipación de sus pueblos. A través de la revisión histórica documental-periodística en el caso de Palestina y etnográfica en Chiapas, nos acercamos a la participación política de la niñez en contextos de violencia extrema y la forma en que han aprendido luchar, jugar, resistir y saber que merecen un lugar digno bajo el sol.

Palabras clave: Infancia; Guerra; Colonización; Memoria; Resistencia.

^{PT} Guerras genocidas contra povos em resistência. A *nao-existência* da infância, de Chiapas a Gaza

Resumo: A guerra de conquista e ocupação responde à colonialidade do ser, do saber e do poder que não só procura apropriar-se dos territórios e recursos naturais mas também dos espaços simbólicos, históricos e de memória defendidos pelos povos em resistência. O apartheid na Palestina (1968-2024) e os conflitos armados internos dos latinoamericanos, como o de Chiapas, no México (1970-2024), responderam durante décadas a processos de colonização, nos quais os estrategas militares não só procuram apagar a história dos colonizados, mas a possibilidade do futuro, olhando para as crianças e adolescentes como inimigos a derrotar. Contudo, as infâncias indígenas zapatistas e palestinas, além de terem vivido durante gerações num contexto de violência e colonização, também fizeram parte de um processo de luta pelo seu território e de emancipação do seu povo. Através da revisão histórico-documental-jornalística no caso da Palestina e da revisão etnográfica em Chiapas, abordamos a participação política das crianças em contextos de extrema violência e a forma como aprenderam a lutar, brincar, resistir e sabem que merecem um lugar decente sob o sol.

Palavras-chave: Infância; Guerra; Colonização; Memória; Resistência.

^{ENG} Genocidal wars vs peoples in resistance. The *non-existence* of childhood, from Chiapas to Gaza

Abstract: The war of conquest and occupation responds to the coloniality of being, knowledge and power that not only looks to appropriate the territories and natural resources but also the symbolic, historical and memory spaces defended by the peoples in resistance. Apartheid in Palestine (1968-2024) and the internal armed conflicts of Latin Americans such as that of Chiapas in Mexico (1970-2024) have responded for decades to colonization processes, in which military strategists not only seek to erase the history of colonized but the possibility of the future, looking at children and adolescents as the enemies to defeat. However, indigenous Zapatista and Palestinian childhoods, in addition to having lived for generations in a context of violence and colonization, have also been part of a process of struggle for their territory and emancipation of their people. Through the historical documentary-journalistic review in the case of Palestine and ethnographic review in Chiapas, we approach the political participation of children in contexts of extreme violence and the way in which they have learned to fight, play, resist and know that they deserve a decent place under the sun.

Keywords: Childhood; War; Colonization; Memory; Resistance.

Sumario: 1. Guerra, colonización y colonialidad; 2. Subjetividad e infancia en contexto de guerra/contrainsurgencia; 3. La larga historia de los pueblos en resistencia frente a la colonización; 4. Acabar con la semilla, contener a las nuevas generaciones de adversarios; 5. Subjetividades rebeldes, memorias intergeneracionales y el legítimo derecho a la resistencia; 6. A manera de reflexión; 7. Referencias bibliográficas.

Cómo citar: Rico, A. (2024). Guerras genocidas vs pueblos en resistencia. *La no-existencia de la infancia, de Chiapas a Gaza. Sociedad e Infancias*, 8(2), 275-286 <https://dx.doi.org/97541>

1. Guerra, colonización y colonialidad

El que vence a un niño no es un vencedor, es quien ha derrotado su propia humanidad (Jorge Camacho)

Los cerca de 40,000 muertos que reporta el magisterio de salud de Gaza, en la invasión del ejército israelí en la franja, son números escalofrantes, y más aún si consideramos que además de ser civiles, en 10 meses se han asesinado a más de 19,000 niñas, niños y adolescentes (niñeces¹). El desgaste físico y psíquico que representa la guerra para la población civil puede ser medible, sin embargo, el sufrimiento causado por las pérdidas sólo puede ser imaginado por quien ha vivido la muerte de un hijo, un padre, una madre o hermanos por hambre, bajo los escombros generados por bombardeos indiscriminados o durante un desplazamiento forzado.

Del escenario post-pandémico (2020-2022), entramos a un escenario de guerra, con la intensificación de guerras colonialistas y ocupación de los pueblos en resistencia, como es el caso de Palestina, guerras comerciales y confrontaciones bélicas entre occidente y oriente por recursos energéticos (Rusia/Ucrania-OTAN), sin olvidar los conflictos de baja intensidad en Latinoamérica que también responden al capital global y a la guerra contra el narcotráfico, que anualmente generan miles de muertos, desapariciones forzadas, tráfico de armas, redes de trata, reclutamiento forzado de niños y jóvenes por parte de los grupos armados y desplazamiento forzado interno de cientos de comunidades indígenas a causa del enfrentamiento entre cárteles por el control del territorio, los corredores de migrantes y el trasiego de la droga, como es el caso de los cerca de 20,000 desplazados en los Altos, la Selva Lacandona y en la frontera de Chiapas con Guatemala.

El actual proceso de neocolonización global remite a un posicionamiento económico, político e ideológico de las grandes potencias de occidente, las cuales intentan mantener su hegemonía por cualquier medio, incluso por la fuerza, la guerra y la violación de sus propios instrumentos de consenso-coerción como la ONU o el derecho humano internacional.

Independientemente de la intensidad del uso de la violencia y la tecnificación de la guerra utilizada en los conflictos bélicos actuales, tanto en Chiapas como en Gaza, la guerra y la violencia política consta de al menos tres componentes: la apropiación de territorios, la colonización del dominado, la expropiación de su historia, y *posible futuro*, tomando por blanco a la niñez y la juventud. A diferencia del grueso de la población que suelen mirar a las niñeces como sujetos de protección, en el imaginario de los grupos armados, son contruidos simbólicamente como adversarios o posibles aliados. Para quienes enarbolan la supremacía racial y la lógica genocida de la colonización las niñeces del grupo contrario, en un futuro se convertirán en enemigos de su patria, por lo tanto, es importante exterminar su humanidad, socavar su identidad y sentido de pertenencia antes de que crezcan.

Esta radicalización de la política neoliberal en contra de los pueblos que resisten desde el sur global, responden claramente a una lógica colonialista, puesto que no sólo utilizan mecanismos militares sino económicos, políticos, culturales (propagandísticos) y de exterminio, que buscan reforzar la colonialidad de poder, el saber y el ser (Quijano, 2003), es decir, el proceso ideológico que ha persistido a través del tiempo y que sigue siendo reivindicado desde el pensamiento hegemónico de occidente, aceptado y legitimado (por conceso/coerción) por los pueblos racializados, como es el caso de la asimilación de lo indígena a través de la Educación postrevolucionaria en México.

El componente colonialista en los conflictos armados no se contenta con apretar al pueblo entre sus redes, sino que busca la destrucción total del dominado, tal como puede observarse en el conflicto en oriente medio, en el que la inteligencia militar israelí so pretexto de su derecho a la defensa, no sólo pretende detener a Hamas, sino realizar un colonialismo de asentamiento (Ramos, 2021) en Gaza y posteriormente en Cisjordania, el cual conlleva la limpieza étnica, destruir con bombardeos indiscriminados la cultura, la historia y resistencia de un pueblo, para ocupar su territorio y extraer el gas de sus costas. En este tipo de guerras neocolonialistas, la muerte de niños y adolescente no son daños colaterales, sino objetivos estratégicos.

Sin embargo, las niñeces de estos pueblos no sólo conocen la violencia sino también la resistencia, la esperanza y la utopía. A través de las relaciones intergeneracionales, las memorias heredadas y la pedagogía de la resistencia los y las niñas de estos pueblos han ido reconfigurando su historia y su proyecto de futuro experimentando episodios de violencia y guerra, pero también participando en movilizaciones y procesos de resistencia frente a la ocupación israelí tales como las Intifadas en Cisjordania y Gaza (1987, 2000 y 2017), y prácticas políticas y culturales de re-existencia ante la militarización de comunidades en Chiapas, tales como la construcción de los Municipios Autónomos Zapatistas (1994-2024).

¹ Término que utilizaremos en este artículo para reconocer y visibilizar la diversidad de las infancias y adolescencias por cuestión de género, edad, origen étnico, cultura y religión.

Los estudios del pasado reciente buscan acercarse a procesos históricos desde otra perspectiva, además de posicionarse desde la mirada de los sujetos que suelen ser excluidos e invisibilizados desde la historia oficial tales como las niñas, niños y adolescentes. Esta apuesta teórica, metodológica y epistémica en diálogo con el giro decolonial permite comprender la guerra genocida y los procesos de subjetivación política que experimentan las niñas que se desarrollan entre el conflicto armado y la movilización social. A través del trabajo etnográfico y de investigación participativa que se ha realizado en Chiapas por más de dos décadas y la revisión histórica de estudios etnográficos, documentales, informes de derechos humanos y análisis periodístico del conflicto palestino-israelí, se hace un acercamiento a la guerra desde la microhistoria, donde los relatos biográficos, representaciones y juegos de las niñas recuperados en las comunidades y campamentos de desplazados en Chiapas y en el caso de Palestina, a través de la revisión periodística y audiovisual de testimonios en los que se narra lo que significa vivir desplazados, asediados por los grupos armados y con un duelo permanente por la muerte de sus seres queridos y el abandono de su hogar. La comprensión de los hechos, tal como explica Todorov constituye en sí “una fuente de resistencia ante el silenciamiento, pero también frente a una posible repetición de la atrocidad (Todorov, citado en Quintero y Sánchez, 2016, p. 247)

2. Subjetividad e infancia en contexto de guerra/contrainsurgencia

La violencia política no solo busca causar el mayor número de bajas posibles sino incidir en la moral y la construcción de subjetividad de las víctimas y de los sobrevivientes. En este sentido, cabe señalar la diferencia entre individuo y sujeto, mientras el individuo refiere al ser humano desde una perspectiva biológica; el sujeto se hace a través de la conciencia, entendida en el sentido fenomenológico de darse cuenta. “la conciencia como visión del propio ser social y de sus horizontes de acciones posibles transforma al hombre en sujeto” (Zemelman, 1992, p.127). El ser humano se hace sujeto en la medida que opta por “un camino de subjetivación, es decir, que ha tomado la decisión de descentrarse y asumir un punto de vista crítico frente aquello que lo rodea” (Echeverría y Luna, 2016, p.18). Siendo el sujeto lo que subyace en el ser, la subjetividad el ámbito de la conciencia y los procesos de subjetivación, los trayectos mediante los cuales los individuos y colectividades desde un posicionamiento ético, crítico y político, confieren sentido a sus acciones y a la historia de resistencia de sus pueblos (Rico, 2024).

A diferencia de una guerra convencional, donde las fuerzas armadas buscan salir al campo de batalla para proteger a la población civil, en la contrainsurgencia o guerra de ocupación los niños, las mujeres y los ancianos son objetivos estratégicos para generar el terror, romper el tejido social comunitario y minar la moral de los combatientes. Para dominar al enemigo, el primer paso es deshumanizarlo, reducirlo a números sin nombres, sueños y proyectos de vida, tal es el caso de los miles de mártires (muertos) en la Franja de Gaza, en palabras de Fanon (1963/2001), se pretende “triturar la identidad cultural del dominado” (p. 38), minar su moral para someterlo a él y a las nuevas generaciones de adversarios.

En este sentido, la guerra y la conquista territorial y ontológica tiene sus principios en la idea de raza, la supremacía de la religión y cultura de occidente, convirtiéndose el racismo, la deshumanización del “otro” y la subordinación de los pueblos originarios e indígenas, sus territorios y conocimientos ancestrales en prácticas cotidianas en las relaciones de poder patriarcal, capitalista y extractivista (Rico, 2018a).

Dicha violencia encuentra su fundamento en la negación del otro, le impone su fuerza para quebrar su capacidad de resistir y anular su libertad para decidir. Los militares responsables de implementar la violencia buscan deshumanizar a las víctimas, degradarlas para que el peso de su muerte les sea menor. A decir de Wieviorka (2001) “la crueldad hace a la persona que es cruel, un anti-sujeto” (p. 345), puesto que, para las víctimas, la violencia se experimenta como un profundo sentimiento de haber sido “despreciadas, descalificadas, de no haber sido reconocidas, ni respetadas... la violencia surge porque ha habido una negación de las subjetividades” (Wieviorka, 2001, p. 340). En Colombia, por ejemplo, muchas niñas que se han visto involucradas en el conflicto, ya sea por ser víctimas de algún ataque o desplazamiento forzado, o bien, ser reclutadas por la guerrilla, *los paras* o el ejército, construyen su subjetividad a partir de la venganza, la violencia, el miedo, angustia y el peligro constante (Ospina, 2013). Otra dimensión analizada en los estudios colombianos con niños desvinculados de los grupos armados es la ausencia de futuro y de emociones, causadas por la cercanía con la muerte, los niños de un país en guerra no pueden imaginar cómo serán cuando sean grandes, su vida está llena de desconfianza e incertidumbre. (Lozano, 2007).

La guerra tiene un impacto global en el desarrollo emocional de las niñas en sus actividades, relaciones humanas y normas morales, no es sólo una situación externa de estrés con la que debe lidiar; sino que se vuelve parte importante de su subjetividad. A finales del siglo pasado Punamäki (1990) quien estudió el conflicto palestino-israelí, pudo distinguir que mientras la reacción más característica de los niños palestinos, que vivían bajo la Ocupación israelí, era el miedo a un objeto amenazador conocido, los niños israelíes experimentaban la ansiedad frente a una amenaza indefinida. La construcción social del individuo “se hace a través de la relación que tienen con el otro, con sus familias y con los valores que son socialmente construidos por las costumbres y la cultura; aunque sean modificados, influidos, trastocados, y tergiversados por el conflicto armado” (Ospina, 2013: 38).

Aunque la violencia marca las subjetividades, los individuos también son capaces de recrear sus formas de resistencia y de lucha, construyendo entornos de diseño o marcos culturales de significación que limitan o potencializan las actividades de resolución de problemas, manejo del estrés y capacidades de

afrontamiento. Estos marcos de significación permiten a las niñas construir fantasías, juegos, dibujos para resistir la violencia, pero también “otras formas de resistencia psíquica más positivas como el desarrollo de un mayor control interno y el compromiso político con una causa” (Martín-Baró, 1990: 239). Igual que en El Salvador, Punamäki (1990) exploró la importancia que adquiere la claridad ideológica y el compromiso político para que el niño enfrente positivamente las circunstancias traumáticas. Muchas niñas palestinas relacionaban su identidad y resiliencia con su compromiso político e ideológico con una causa justa. “Cuando la fuente del estrés es de naturaleza política, la determinación ideológica de luchar contra los problemas explica mejor el aguante de los civiles, que la personalidad, la salud mental u otros determinantes individuales” (Punamäki, 1990: 97).

Así como la violencia y los miedos colectivos se incorporan a los miedos de los niños, la resistencia también puede colectivizarse, participar en un proceso organizativo permite a los sujetos sentirse acompañados, encontrar sentido a los múltiples dramas que les rodean, e incluso les posibilita enfrentarse a la situación de una forma activa y protagónica en la lucha, situación que genera en el individuo un sentido de pertenencia y protección, puesto que el verdadero resiliente no es quien se adapta, sino el que está dispuesto a luchar por transformar las condiciones de vida que lo constriñen.

La participación de las niñas en los movimientos indígenas mexicanos como el zapatista en Chiapas, permite comprender que niñas, niños y adolescentes son actores sociales, no sólo pueden ser vistos como víctimas/victimarios, o como analiza Tabak, (2023) como una amenaza a la estabilidad del orden social y al paradigma hegemónico de la infancia cuando son reclutados como niño-soldado, sino que desde el mundo adulto se pueden generar condiciones y procesos de resistencia para que las niñas puedan expresar sus sentimientos, puntos de vista y participar políticamente de manera autónoma. Aun cuando los desplazamientos forzados y la militarización trastocan las subjetividades de las niñas zapatistas existen elementos colectivos como la solidaridad, la reciprocidad, la memoria y educación que fomentan la participación infantil en actividades productivas, sociales, culturales y políticas propias de la cultura indígena.

A esta relación entre las actitudes y la sensibilidad de las niñas indígenas para captar la situación política que les rodea y su capacidad para involucrarse activamente en el movimiento y en la construcción de un conocimiento social y político, acorde con los valores culturales de su localidad Corona y Pérez (2000) le denominaron “pedagogía de la resistencia”. El proceso autonómico zapatista, con su fuerte componente educativo y anti-sistémico, más que una propuesta política y económica para la organización local, municipal y regional, representan una amplia iniciativa decolonial social y cultural, que puede verse expresada en las prácticas de crianza, socialización, educación y de manera especial, en la participación política de las niñas como promotores autónomos de salud, educación, comunicación comunitaria y derechos humanos (Rico, 2024).

3. La larga historia de los pueblos en resistencia frente a la colonización

Si se pudieran nombrar algunas características de los pueblos en resistencia, además de la permanencia histórica de su lucha, serían sin duda su moral, memoria colectiva, participación política intergeneracional, pero, sobre todo, su apuesta por la justicia y la emancipación de sus pueblos a pesar de la desigualdad de fuerza, con respecto al poderío militar-político de sus enemigos.

Tanto la lucha palestina como la indígena zapatista son parte de las luchas desde el sur global, en las cuales no sólo se defiende el territorio, sino que se reivindica la libre determinación de sus pueblos y el derecho a existir con su propia forma de reproducción cultural, social y política. Sin embargo, sólo se mira el dolor y sufrimiento de estas regiones del mundo cuando los pueblos oprimidos pasan de la resistencia pasiva ante la violencia estructural, a una resistencia activa, tal como ocurrió durante el Levantamiento armado en Chiapas que inició 1994 o las tres Intifadas en Cisjordania y la Franja de Gaza (1987, 2000 y 2017), que literalmente significa “el despertar a sobresaltos”.

La resistencia palestina se manifestó primero el Imperio Otomano y luego contra el Mandato británico y la emigración judía a la región. La culminación del proyecto sionista en 1948 con la creación del estado de Israel y su posterior expansión hacia los territorios de Cisjordania y Gaza en 1967, convirtieron la ocupación israelí en el principal objetivo de la resistencia (Checa, 2016, p. 523)

El asentamiento de los *colonos israelíes* en los territorios palestinos se ha caracterizado por el despojo de tierras, el asesinato de civiles palestinos y la dominación cultural, política y económica de este pueblo. Entre las acciones que ha implementado el ejército de Israel para consumir la colonización del pueblo palestino, Marzouka (2004) destaca: *Pérdida permanente de libertad* (obligados a vivir en guetos), *Humillaciones diarias* (de niños, mujeres y hombres en sus hogares), *Lesiones por francotiradores* (a menores y adultos), *Detenciones arbitrarias*, *Uso de gas lacrimógeno* en recorridos nocturnos, *Palizas*, *Demoliciones de casas*, *Asesinatos*, *Bombardeos*, *Ataques de grupos de Colonos* (paramilitares o civiles armados), *Estrangulamiento de la economía*, *Ocupación de tierras agrícolas*, *recursos hídricos* y *quema de olivares y árboles frutales* ubicados en tierras y hogares palestinos.

Por su parte, Loewestein (2024) ha revisado como los territorios ocupados se han convertido en auténticos laboratorios para la industria militar y tecnológica israelí utilizados en tareas de espionaje y vigilancia. Durante más de cincuenta años el Estado israelí ha podido perfeccionar su arquitectura de control, utilizando a Gaza como campo de pruebas de armamento y violencia de ocupación para exportarla a otros países, tal como ocurrió durante las dictaduras en el cono sur de Latinoamérica y en la capacitación de ejércitos centroamericanos para la gestión y represión de minorías internas, tácticas de contrainsurgencia y la conformación de grupos paramilitares.

Frente a esta violencia sistemática y estructurada, las y los palestinos continuaron con su resistencia civil, apostando por su memoria, cultura y tradiciones, ejemplo de esto, fueron las tres Intifadas en Cisjordania y la Franja de Gaza (1987, 2000 y 2017), tal como lo analiza Musalem (1993):

Como resultado de la guerra de 1967 Israel conquistó lo que quedaba de la Palestina histórica...desplazando a 350 mil palestinos. Se impuso en los Territorios Ocupados un régimen colonial y militar, a través de un proceso de supresión política, estrangulación económica y represión ideológica y cultural, con el objetivo de evitar el desarrollo de la sociedad civil palestina y su Estado independiente (p. 283)

Más allá de los enfrentamientos de los niños, adolescentes y jóvenes palestinos en contra de los tanques israelíes con piedras, que fueron difundidas mundialmente, la Intifada fue un movimiento de resistencia y desobediencia civil que fortaleció la identidad y solidaridad palestina:

Se formaban cadenas humanas nocturnas en calles que permitían el transporte clandestino de los alimentos (arroz y harina) destinados a los más necesitados y financiados por una contribución mensual voluntaria. Las mujeres participaban en los comités locales con estudiantes, organizaciones sociales y representantes de diversas fuerzas políticas (Kapeliouk, 1988, p. 18)

En el caso de Chiapas, la mirada internacional se centró en los pueblos indígenas excluidos hasta que el EZLN declaró la guerra al Gobierno mexicano (1994). Antes del levantamiento armado no se hablaba de la pobreza, marginación y desnutrición de tercer grado por la que morían los niños indígenas. La constitución del EZLN como ejército de autodefensa respondió a la lucha campesina por el reparto agrario, la colonización de la selva y la constitución de ejidos en las décadas de los 40 y 60 del siglo XX, pero también por la represión en contra de las comunidades indígenas y los procesos de colonización que se vivían en las fincas cafetaleras donde familias indígenas eran acasilladas como peones viviendo en condiciones de servidumbre y esclavitud.

Mi abuelito, de niño vivió en una finca con sus papás, tenía muchas historias, maltratos, dolor...injusticias pues...el jatik (abuelo) llora cuando se acuerda perdió a su papá, mamá los mataron por desobedecer al patrón. Tuvo que salir huyendo con sus hermanitos... Me daba coraje pensar en la vida de los abuelos, los finqueros los trataban, como animales, a latigazos, a gritos, tenían que cargar a las señoritas con vestidos largos, en sus lomos como animales de carga (Rico, 2018a).

Todavía en la década de los 70, las comunidades de la selva corrían el riesgo de ser desalojadas de sus casas y comunidades por parte de los finqueros y ganaderos que querían expandir sus tierras con el apoyo de los militares y "guardias blancas", ejércitos privados organizados y pagados por los terratenientes para controlar cualquier tipo de protesta social y organización comunitaria.

La respuesta de los Estados neoliberales a la resistencia activa de los pueblos normalmente es la represión y la guerra convencional, que puede ir de los 12 días en Chiapas a los 13 meses de bombardeo indiscriminados en contra de la población civil en Gaza, para posteriormente dar paso a la contrainsurgencia (diseñada por EEUU e Israel), para contener a los movimientos de resistencia del tercer mundo bajo la modalidad de guerra de baja intensidad (GBI²).

Con esta estrategia se intentó alejar del conflicto a los observadores el Derecho humanitario internacional y nacional, recurriendo al uso mínima de la fuerza militar, tal como se expresa en "Plan de Campaña Chiapas 94"³, pero que para los pueblos zapatistas significó una guerra integral de desgaste y exterminio. Aunque la estrategia de contrainsurgencia en contra del EZLN fue diseñada en 1994, se implementó hasta febrero de 1995 con la entrada y posicionamiento del Ejército federal en el territorio, la militarización de las comunidades y la utilización de guerra psicológica y propagandística para mantener el control de la población generando "conflictos intercomunitarios", desplazando comunidades, asesinando autoridades zapatistas y reclutando jóvenes/adolescentes para la conformación de grupos paramilitares.

4. Acabar con la semilla, contener a las nuevas generaciones de adversarios

Las guerras de ocupación (Gaza) o conflictos de baja intensidad (Chiapas) no sólo buscan destruir la historia de los pueblos colonizados sino su posibilidad de futuro, haciendo uso de estrategias que van encaminadas a suprimir a las siguientes generaciones de *posibles adversarios* (Rico, 2018a). Motivo por el que los niños, niñas, jóvenes y mujeres-madres no sólo son las principales "víctimas colaterales", sino objetivos estratégicos del proceso de colonización al representar simbólicamente la continuidad de la cultura y la organización.

Es en este sentido que el cuerpo de la mujer (de cualquier edad) empieza a ser visto como un objetivo militar estratégico al ser ellas quienes paren la siguiente generación de guerrilleros. Este posicionamiento ideológico se hizo evidente en Chiapas, con los ataques paramilitares y desplazamientos forzados de 14 comunidades del Municipio de *Chenalhó*; teniendo como clímax la "Masacre de Acteal", el 22 de diciembre de 1997, cuando el grupo paramilitar "Máscara Roja" atacó la organización civil "las Abejas" y asesinó a 19 mujeres, 14 niñas, 4 niños, 8 hombres y 4 "no nacidos" arrancados de los vientres de sus madres.

² La GBI es una guerra total que utiliza mecanismos políticos, sociales, psicológicos, culturales propagandísticos y religiosos que pretende aislar a los combatientes, desquebrajar el tejido social comunitario con la ocupación militar de las comunidades y el control social de la población organizando grupos aliados de autodefensa y paramilitares, que enfrenten a la población civil organizada.

³ Plan de Campaña Chiapas 94 <http://www.jornada.unam.mx/2011/02/04/opinion/025a1pol>

La metáfora del vientre materno- como “forjadora” de la patria, lugar del mestizaje, es también el lugar de generación de los rebeldes... la violencia que se muestra en Acteal es parte de un largo proceso donde la muerte materna y control natal son los componentes de un etnogenocidio silencioso (Millán, 2014, p. 85).

La masacre de Acteal respondió claramente a una táctica contrainsurgente en contra de las mujeres-madres organizadas, quienes simbólicamente ofrecían la continuidad de la organización, valores y cultura rebelde “matando a las mujeres se intentaba destruir un símbolo de la resistencia zapatista, matar la semilla” (Hernández, 1999).

Además de la crueldad que significa para las mujeres presenciar la muerte de sus hijos menores o abrir el vientre de las embarazadas, se usa simbólicamente a la maternidad como forma de aterrorizar a la población, junto con las amenazas de los asesinos de que hay que acabar con la semilla (Olivera, 2014, p. 392).

Dicha masacre se tiene que analizar a la luz de la “globalización de la tortura” en contra de las mujeres-madres y las niñas pertenecientes a los pueblos en resistencia la cual ha sido ampliamente documentada en los conflictos centroamericanos de Guatemala, El Salvador y Nicaragua, así como en conflictos de África, Oriente Medio y los Balcanes (Soriano, 2006).

En décadas anteriores, los militares y paramilitares fueron los encargados de implementar la contrainsurgencia en las comunidades zapatistas, sin embargo, durante la Pandemia, los grupos delincuenciales y cárteles del narco, empezaron a entrar en las comunidades aprovechándose de la necesidad de la población, que vendía pequeñas extensiones de tierra, animales o migraba en busca de trabajo, dejando comunidades al cuidado de las mujeres, adultos mayores y las niñas. Esta situación ha ido minando la organización comunitaria y la resistencia en algunas regiones, tal como ocurre en los Municipios de Tila en la zona norte, Chicomuselo en la Costa y Chenalhó en los Altos de Chiapas.

Cárteles como el de “Sinaloa” o del “Jalisco nueva generación” coludidos con grupos delincuenciales, gobiernos locales y los paramilitares organizados por el ejército mexicano en 1995, se disputan el territorio indígena, rural y por supuesto el zapatista, provocando desplazamientos forzados, enfrentamientos armados, muertes de activistas ambientales y sociales, así como el secuestro, desaparición y reclutamiento forzado de las niñas ante la inacción de los militares y policías. Actualmente son más de 20,000 las personas en situación de desplazamiento forzado interna (DFI) en Chiapas.

Tan sólo en el Municipio de Tila, se estima que cerca de 12,000 personas de origen *ch’ol*, salieron de sus casas el 4 de junio del 2024, a raíz de las amenazas y los ataques paramilitares. A través del acompañamiento y la encuesta realizada por Desarrollo Sustentable A.C y el Colectivo EPUMX (2024) a 6,865 personas en situación de DFI se considera que los grupos más vulnerables son las mujeres embarazadas, infantes menores de 6 años, niñas y niños de 6 a 11 años, adolescentes de 12 a 17 años, así como personas enfermas y discapacitadas.

Durante y después del desplazamiento, los 6,865 encuestados denunciaron haber sido víctimas de delitos como las amenazas 44%, extorsión (cobro de piso) 39%, quema de casas o negocios 34%, reclutamiento forzado 26%, robo 14%, asesinato 10%, violación sexual 6%, tortura 5%, desaparición forzada 3%, secuestro 3%.

Como ya se ha mencionado en estos contextos, los grupos armados miran a los niños y adolescentes como víctimas o posibles reclutas, por lo que para la conformación de grupos paramilitares y delincuenciales se convoca a hombres (entre 12 y 25 años) a veces, por la necesidad y el convencimiento, pero en muchas otras, a través de la coerción, amenazas en contra de la integridad de su familia, y el miedo, para ser halcones, narcomenudistas o para participar en delitos como el homicidio, el robo a mano armada y los enfrentamientos con grupos contrarios.

Además de ser asediadas sus comunidades y ser tentados por los grupos delincuenciales, las niñas zapatistas que participan en la organización comunitaria, la defensa de su territorio y la construcción de la autonomía, siguen siendo objetivos de la contrainsurgencia por lo que son desplazados y detenidos por ser promotores de salud, de educación o derechos humanos.

De la misma forma que en Chiapas se intenta contener la rebeldía de las niñas, el Estado israelí ha implementado por décadas una serie de estrategias psicológicas/propagandísticas, militares y policíacas en la franja de Gaza y Cisjordania para contener la participación política de las niñas, en estos operativos se detenía indiscriminadamente a menores de edad por aventar piedras a los tanques que incursionaban en sus colonias o por participar en las manifestaciones a lado de sus padres. Normalmente las detenciones se realizaban durante la noche en allanamientos nocturnos a sus casas tal como lo documentó el “Programa de Salud Mental de la Comunidad de Gaza” (1991).

Aunque las intifadas lograron fortalecer la resistencia y desobediencia civil en Cisjordania y Gaza, el encarcelamiento de activista políticos fue común durante la Intifada en 1990 y en las subsecuentes. El Centro Palestino de Derechos Humanos estimó que 30.000 palestinos habían pasado por las cárceles israelíes, 1.000 de ellos menores de 16 años (Marzouka, 2004, p. 12).

Los golpes, maltratos físicos/psicológicos, la detención y el encarcelamiento indefinido de los menores de 18 años, sin juicio ni sentencia fueron utilizadas como herramientas de control y de castigo colectivo en contra de las familias palestinas, para fortalecer la Ocupación de los colonos sionistas, y reprimir las intifadas, Para minar la rebeldía de los adolescentes y jóvenes que participaban en las movilizaciones el Estado

Israel adoptó la política de “Fuerza, poder y golpes”, provocando el mayor dolor y miedo posible a los jóvenes manifestantes a través de actos degradantes como la irrupción en sus hogares, insultos y palizas, que podrían dejar secuelas de por vida, además de hacerles creer que por su culpa se podía torturar y detener sus padres, hermanos y ellos mismos (ONU, 1990).

Cabe señalar que antes de la ocupación genocida de Israel (2023), la población mayoritaria en Gaza era de menores de edad, siendo el 40% de sus habitantes menor de 15 años (Pérez, 2023). Según la Oficina Central de Estadísticas de Palestina, la Franja de Gaza tiene una superficie de 365 kilómetros cuadrados en la que habitaban 2, 26 millones de habitantes, es decir, 6,100 habitantes por kilómetro cuadrado. De acuerdo con el Centro de Información Israelí para los Derechos Humanos en los Territorios Ocupados (*B'Tselem*), desde que Israel hizo un muro alrededor de la Franja (1990) y prohibió la población palestina entrar y salir de ésta, excepto por condiciones médicas urgentes y unos cuantos comerciantes, Gaza ha sido considerada la mayor cárcel a cielo abierto en la que niñas, niños, y adolescentes viven como presos sin ningún tipo de derechos.

Sin embargo, a pesar de las décadas de asesinatos, ocupación y apartheid, el Conflicto palestino-israelí obtuvo presencia en los medios de comunicación internacional hasta el 7 de octubre del 2023, en el ataque de Hamas a la población civil de Israel, suceso que fue ampliamente televisado, pero sin ningún tipo de análisis crítico ni contextual del conflicto, este “acto terrorista” o de resistencia palestina dio pie y legitimidad internacional para que el Estado de Israel bombardeara indiscriminadamente casas habitación, mezquitas, hospitales y campamentos de refugiados bajo la premisa de la legítima defensa.

Es en este contexto que cobra sentido la acusación que interpuso Sudáfrica contra Israel por genocidio ante la Corte Internacional de Justicia (CIJ) en La Haya (Países Bajos). El genocidio según la Convención para la Prevención y la Sanción del Delito de Genocidio en su artículo II es cualquiera suceso perpetrado con la intención de destruir, total o parcialmente a un grupo nacional, étnico, racial o religioso (ONU, 1948) y que puede recurrir a cualquiera de los siguientes actos:

- a) *Matanza de miembros del grupo*: Actualmente el Estado Israel ha asesinado en la Franja de Gaza a cerca de 40, 000 palestinos.
- b) *Lesión grave a la integridad física o mental de los miembros del grupo*; además del asesinato de mujeres y niños por el simple hecho de ser palestinos, se debe considerar el control israelí de la población gazatí previa y durante la ocupación, sin contar con corredores humanitarios seguros, situación que permite comprender el nivel de estrés, angustia miedo y dolor en el que sobrevive esta población, mirando morir a niños bajo los escombros y cientos de niños sobrevivientes, quienes además de quedar en la orfandad están siendo mutilados y sin atención médica.
- c) *Sometimiento intencional del grupo a condiciones de existencia que hayan de acarrear su destrucción física, total o parcial*; el acto de cerrar las fronteras por parte de Estado de Israel para que no haya acceso de ayuda humanitaria, el limitarles el agua y la luz. Los continuos bombardeos están alcanzando a civiles, hospitales, campos de refugiados, mezquitas, iglesias e instalaciones de la ONU, incluidos los refugios de Rafah.
- d) *Medidas destinadas a impedir los nacimientos en el seno del grupo*; las mujeres embarazadas y los niños prematuros no sólo han tenido que ser desplazados buscando corredores seguros, sino que han tenido que ser desalojados de los hospitales cuando hay alerta de bombardeos.
- e) *Traslado por fuerza de niños del grupo a otro grupo*.

Cada uno de estos actos han sido ejecutados por Netanyahu y su ejército con el apoyo de Estados Unidos, ante el silencio cómplice de la gran mayoría de los gobiernos del mundo, no así de las poblaciones, principalmente los estudiantes universitarios, que se han volcado a las calles exigiendo el cese al fuego y el fin del genocidio.

5. Subjetividades rebeldes, memorias intergeneracionales y el legítimo derecho a la resistencia

Las infancias zapatistas de Chiapas y las infancias palestinas en Gaza además de vivir en contextos de colonización, guerra y contrainsurgencia, también se han desarrollado en una movilización histórica por la emancipación de sus pueblos. En este sentido la pedagogía de la memoria y la resistencia les ha permitido ser parte de una niñez otra, que conoce sus derechos, su historia, reivindica su cultura, lengua, derecho a la libre determinación y por su puesto el derecho inalienable de cualquier ser humano a vivir con dignidad en su territorio.

En este sentido, la memoria colectiva cobra trascendencia para la resistencia de las niñeces. Los niños como sujetos sociales son condensadores históricos y sus voces son polifónicas, no manejan discursos impuestos, sino que se apropian de lo que observan y escuchan, sus pláticas y juegos, como una forma de representar su mundo y como una forma de resistencia individual para sobrellevar las múltiples tragedias. Como recreadores de las memorias heredadas no sólo transmiten, sino construyen y recrean.

En la década de los años 40 y 60 del siglo XX, al lado de sus padres miles niñas, niños y adolescentes de Chiapas huyeron de la esclavitud y la servidumbre de las fincas cafetaleras para colonizar la Selva Lacandona y asentarse en sus comunidades. Posteriormente durante la década de los 70 y 80 otras niñeces vivieron la represión y defendieron su tierra ante los finqueros y sus “guardias blancas”. Al lado de sus familias experimentaron la organización clandestina que dio origen al EZLN, en medio del silencio y la clandestinidad.

Cuando se empezó a conformar el Ejército Zapatista, fue en el entorno familiar donde se discutió y se decidió quién iba a la montaña a entrenarse para ser guerrillero. Es así, que mientras el padre, los hijos e hijas mayores se incorporaron a las milicias, los niños, adolescentes mujeres y adultos mayores se posicionaron como *bases de apoyo* (Rico, 2018a). En este sentido, se puede hablar de la socialización política al interior de las familias, la creación de vínculos interfamiliares y formas comunitarias de participación, que han permitido la reproducción social de la organización zapatista y el relevo generacional hasta nuestros días.

Durante el levantamiento armado de 1994, los pequeños zapatistas fueron también parte de la insurgencia y se hicieron visibles, de manera simbólica, al tener que cubrir su rostro con un paliacate para mostrarse y tal como lo hicieron los adultos, fueron desplazados de sus comunidades y perseguidos. En la más reciente etapa de organización política-pedagógica, otras generaciones de niños han crecido en la construcción de la autonomía, siendo actores protagónicos de los proyectos de educación, salud y comunicación alternativa.

Como se ha podido analizar en los apartados anteriores el componente de colonización y ocupación del territorio en Chiapas y Gaza no está enfocado en enfrentar a los combatientes armados, sino a la población civil, desquebrajando el tejido social comunitario con la conformación de grupos armados informales, tales como los paramilitares en Chiapas y *colonos* israelíes en Gaza, para generar una supuesta confrontación "civil" y el desplazamiento forzado interno. Igual que en Chiapas, generaciones de niñas palestinas han sido expulsados de sus hogares desde la Guerra de los Seis Días (1967) o Yom Kippur (1973), por lo que el pueblo palestino ha tenido que recurrir a la guerra de guerrillas y la lucha popular (intifadas) para resistir los ataques del estado Sionista.

Si la guerra de contrainsurgencia es multidimensional, la resistencia también debe de serlo, con el uso de prácticas sociales y políticas de re-existencia como las intifadas en Palestina y la construcción de Municipios autónomos y Juntas de Buen Gobierno en Chiapas. Después del levantamiento armado (1994) los y las zapatistas por más de tres décadas han construido procesos educativos, formativos y territoriales. La resistencia-rebelde zapatista, no es una condición pasiva, de aguante y sacrificio, sino un proceso histórico y creativo que los ha llevado a construir un proyecto político y de vida alternativo que pone el acento en la toma de conciencia, la formación y acción política de los hombres, las mujeres y por supuesto de las niñas.

A diferencia de los zapatistas que han tenido la fortuna de territorializar su resistencia y construir su autonomía, al pueblo palestino no sólo se le ha negado su derecho a ser reconocido como un Estado y que sus niñas tengan una identidad nacional, sino a tener un espacio seguro para sobrevivir, por décadas han tenido que existir bajo el asedio y el colonialismo de asentamiento del Estado Israelí que "intenta excluir, sustituir, desplazar y eliminar a su población nativa" (Ramos, 2021, p.144).

Sin embargo, aún en medio de la ocupación, el desplazamiento forzado, los bombardeos, ataques con francotiradores e incursiones nocturnas y bombardeos en los pobladores de Gaza y Cisjordania siguen sembrando sus olivares, celebrando prácticas culturales y religiosas con sus familias y comunidades e incluso impulsando procesos organizativos, políticos, artísticos y educativos de resistencia en los que participan niños, niñas y adolescentes al lado de sus familiares, aún cuando esté en peligro su libertad o su vida.

Además de las estrategias de resistencia implementadas por los adultos, los niños, niñas y adolescentes implementan sus propias formas de resistencia, resiliencia y afrontamiento para soportar la guerra y el consecuente trauma, es decir, "las consecuencias de la exposición a experiencias personales que suponen una amenaza a la supervivencia o bienestar" (Pérez-Sales, 2004, p. 31). Las niñas a diferencia de los adultos no suelen relatar sus experiencias de violencia, sino que utilizan expresiones artísticas-lúdicas como el juego, los sueños y los relatos informales para eliminar el estrés y visibilizar la violencia política, en contra de sus familias y comunidades. Además de ser depositarios de la memoria colectiva de sus pueblos, a través de sus dibujos, las niñas son capaces de representar sus miedos, su rabia y coraje, expresar su dolor e impotencia e incluso son capaces de rememorar sucesos de violencia, de tal forma que de ser víctimas pasan a ser sobrevivientes y posteriormente protagonistas de su historia (Rico, 2024).

Tal es el caso del relato de Petul un niño zapatista desplazado y sobreviviente del ataque paramilitar en el que torturaron y asesinaron a su padre por ser autoridad autónoma:

Los Chinchulines son muy malos, cuando atacaron mi Comunidad, hacían ruidos como de animales, decían que iban a acabar con la semillita zapatista - ¿Cómo?

-Mi papá decía que la semillita zapatista somos nosotros, los niños en resistencia. Por eso tuvimos que huir, para que no nos mataran

Él era *pijil winik* (hombre sabio) de la Comunidad, lo emboscaron y lo mataron. Yo no quiero ser autoridad, quiero ser insurgente - ¿Y no te da miedo?

Claro que da miedo, los tanques, bombas, pero más miedo da que maten a mi mamá o a mis hermanitos (Entrevista recuperada en Rico, 2018b, p. 282)

El testimonio de Petul, ofrece al análisis la otra dimensión que constituye el contexto de las niñas/os de los pueblos en resistencia, el de la organización y el cuidado del otro. En su narrativa Petul, no sólo remite a la violencia, sino a un proyecto colectivo de futuro, a través de su participación política en la organización el niño no busca venganza sino proteger a sus seres queridos.

A través del juego, el dibujo, los sueños y las historias las niñas representan su mundo, a veces idealizado, utilizando los elementos más significativos de sus comunidades como el río, la cascada, la montaña para los zapatistas, los olivares, los árboles frutales y el mar para los Palestinos, pero también a través de

estos dibujos son capaces de denunciar la violencia, los bombardeos, los tanques y ataques paramilitares, así como la capacidad de organizarse y resistir de sus pueblos.

Las voces y dibujos de las niñas pueden ser tan disruptivas que son capaces de interpelar al discurso oficialista. Cuando publiqué el librito de "13 canicas" (2001) con testimonios de niñas zapatistas de Polh'o y niñas sobrevivientes de Acteal, no sólo llamaron a mi editor para que dejara de publicar libros que *incitaban la violencia y la lucha armada*, sino que abrieron su camioneta y le robaron el primer tiraje de 1000 ejemplares. En este libro se recopilaron microrrelatos como el de Sandra, niña *tsotsil* desplazada de 8 años:

Las niñas y niños de Polh'o ya platicamos, tenemos nuestros propios cinturones, ante un nuevo ataque paramilitar, nosotros defenderemos a nuestros padres (Entrevista recuperada en Rico, 2001, p. 9).

En este mismo sentido, tenemos el caso del Museo de Arte para Niños, en el cual se canceló la exposición "Gaza visto por sus niños" (2011), debido a que la junta del Museo había recibido fuertes presiones de organizaciones pro-Israel en la bahía de San Francisco para impedir esta muestra, ante esta situación la directora de la Alianza de Oriente Medio para la Infancia, Bárbara Lubin dijo:

Pero ¿quién gana? El museo no gana. MECA no gana. La gente de la zona de la Bahía no gana. Nuestra libertad pierde. Los niños de Gaza pierden. Los únicos ganadores son los que gastan millones de dólares en censurar toda crítica a Israel y el silenciamiento de las voces de los niños que viven todos los días bajo el asedio militar y la ocupación⁴

Así como los dibujos ayudan a sublimar la violencia, los juegos permiten eliminar el estrés puesto que funcionan como rituales en los que las niñas expresan sus miedos, ponen en juego actores y relaciones de poder que pueden ser representados como figuras protectoras o monstruos. Las niñas zapatistas por ejemplo suelen jugar a soldados contra zapatistas, a emboscadas, ataques paramilitares en los que hacen ruidos como animales, identifican aviones y apuntan con palos a los camiones de soldados (Rico, 2018b).

Las niñas palestinas, como ha sido documentado en videos difundido desde la ocupación de Gaza, cantan, danzan y usan títeres entre los escombros. En los refugios y hospitales que todavía siguen en pie, juegan a *paramédicos y mártires*, en uno de estos videos se puede ver a cuatro niñas menores de 9 años cargando en una cobija a una niña de 5 años, ante el cuestionamiento del reportero sobre lo que están haciendo: las niñas le explican "jugamos a los paramédicos y mi hermanita es la mártir", en su juego imitan a los paramédicos que ayudan a rescatar sobrevivientes y muertos debajo de los escombros.

La representación de la violencia y el duelo a través de sus juegos y en sus espacios libres expresa la sensación de desprotección que experimentan las niñas, pero también la manera en que elaboran sus pérdidas sin la mediación de los adultos. En cierta ocasión en un campamento de desplazados en los Altos de Chiapas, Sandra una niña *tsotsil* de 8 años, nos recibió diciendo que su amiga Rosalinda "ya no estaba... se cayó con la bala", cuando se investigó, no se encontró ningún indicio de tal suceso, aunque las autoridades tampoco podían estar seguros, dada la cantidad de heridos de bala que seguían llegando.

Una semana después llegó Sandra con Rosalinda, gritando feliz es *lol*, es *lol*, (era mentira). Del enojo por la broma tan cruel que nos habían hecho las niñas, se pasó a la tristeza e impotencia, la muerte, la enfermedad, y el hambre eran tan cotidianas y cercanas para las niñas, que parecía que habían aprendido a bromear con ellas.

Los recuerdos de infancia y testimonios de vida no sólo expresan su pensamiento y percepciones sino todo su mundo y el tipo de relaciones que establecen con los demás. Julieta, madre zapatista explica que a veces los niños dicen cosas, que no aprenden en la escuela o con la familia:

Cuando estuvimos en alerta roja, mi hijito me avisó que iba a empezar la guerra, los soldados nos van a matar a todos. Yo le pregunté, ¿quién te dijo eso?, Pedrito dijo que los niños de las otras comunidades lo escucharon en sus casas (Entrevista recuperada en Rico, 2018b, p. 256).

En un contexto tan adverso la familia, se constituye como el factor mediador y regulador más importante, sin embargo, aunque los padres se empeñen en criar a los niños con valores y en ambiente de amor, en contextos de guerra es imposible tal como lo explica Faris Odeh, madre de un niño de Cisjordania que fue encarcelado por dos años, por enfrenar con una piedra un tanque israelí:

¿Cómo puedes enseñar la bondad humana cuando lo único que ven son los peores ejemplos de la naturaleza humana? Las fuerzas de ocupación sionistas están siempre merodeando los barrios palestinos, las estaciones del ejército se ubican frente a las escuelas y parques, son las que cierran las escuelas palestinas. (Marzouka, 2004, p. 14)

Los niños tienen una capacidad asombrosa para investigar, analizar su contexto y asumir una posición crítica, tal como lo expresa Abbas Abbas⁵ con respecto a su hijo de 5 años, quien se encuentra en Gaza con su madre:

Mi hijo de 5 años me preguntó el otro día: Papá, ¿por qué dejas que me muera de hambre? Papá, los padres de los otros niños mueren con ellos, así que no nos dejes morir solos...No sé qué responderle,

⁴ <https://izca.net/2011/09/30/cubadebate-11/>

⁵ Uno de los más de 6.000 palestinos de Gaza que trabajaban en Israel y se convirtieron en refugiados en Cisjordania, sin posibilidad de salir.

me esfuerzo por encontrar palabras de consuelo, pero me contesta: No me mientas, papá. Ven, así moriremos juntos (Médicos sin fronteras, 2024)

Debido a los constantes bombardeos, en Gaza se ha convertido costumbre escribir sus nombres en el cuerpo: una mano, un brazo, una pierna o el cuello para ser identificados bajo los escombros, “Mi mujer quiere que me vaya para que podamos morir juntos. Para ella es difícil cuidar de los niños. No hay agua potable y apenas encuentran comida. Algunos días beben el agua salada del mar” (Médicos sin Fronteras, 2024, 2 de enero).

Ante situaciones tan extremas como la guerra, el desplazamiento forzado interno las niñas no sólo conocen la maldad del ser humano y su vulnerabilidad, sino su capacidad de agencia, solidaridad y participación política. Tal es el caso de Ana María, quien a la edad de 10 años fue la encargada de sacar de su comunidad a todos los niños, en medio de un ataque paramilitar.

Cuando comenzó el ataque mi papá fue a organizar al pueblo. Dijo, mi hija vete a la montaña, llévate a los niños, que el Beto te ayude. Recogieron una cobijita, uno su pozol, una nuestra ropita y subieron con nosotros. Claro que tenía miedo, estaba chiquita pues, como 10 años, se oían disparos, bombas, los helicópteros volaban. Los más chiquitos lloraban. No sé cuánto tiempo estuvimos escondiéndonos, con hambre, mojados (Entrevista recuperada en Rico 2018b, p. 238)

Cuando las niñas descubren que sus papás ya no pueden protegerlos de los bombardeos, ni tienen la posibilidad de ofrecerles un lugar seguro, niñas, niños y adolescentes sienten miedo e incertidumbre, pero también comienzan a experimentar sus propios procesos de subjetivación donde se expresa su valor, sus aprendizajes y experiencias previas.

Aunque como explica Marzouka (2004) “la exposición a eventos traumáticos constantes provoca ansiedad extrema, temores generalizados, y pérdida de autoestima, culpa, sentimientos de desvalimiento, patrones de conducta hostil y expresión de agresiones, incremento de miedos y depresión (p. 75), también en estos contextos niños y niñas se reconocen como actores sociales, colaboran con sus padres en las tareas de subsistencia, cuidan a sus hermanitos, buscan agua y alimentos para ellos y sus familias, tal como está ocurriendo en Gaza o en los campamentos de refugiados en Chiapas. Lo que permite entender la resistencia y compromiso de las niñas zapatistas y palestinas en la defensa de su tierra es que para ellos su seguridad está ligada al amor en la familia, la organización, la relación afectiva con su territorio y el cuidado del otro. La diferencia entre un Estado que ocupa espacios para explotar sus recursos y un pueblo que defiende su territorio para existir, evidentemente responde a lógicas diferentes, y las niñas lo saben.

Si uno de los objetivos de la contrainsurgencia colonizadora es “dehumanizar al enemigo”, arrancarles la posibilidad de pensar, soñar y decidir. La organización y la resistencia zapatista como actos de dignidad configuran espacios de esperanza, aunque sea tomándose de las manos para formar cinturones alrededor de los campamentos de desplazados y detener con su cuerpo el avance del Ejército y los paramilitares, o como ocurre con las familias palestinas en Gaza y Cisjordania, interpellando a los soldados y enfrentando sus tanques con palos y piedras. La toma de conciencia, la dignidad y la acción política, aunque sea en desventaja, hace recordar que todo ser humano merece ser libre.

Para el sistema-mundo capitalista-colonial *ser blanco* es equivalente a ser humano, *ser afortunado de la tierra*, el negro, colonizado subjetivamente, quiere y desea ser blanco para poder ser humano, mientras el blanco quiere esclavizar a los no blancos para sentirse ser humanamente superior (Fanon, 1963/2001: 262).

Cuando se le preguntó a Pax, joven zapatista, para que sirve la organización, después de un largo silencio reflexionó: “La organización sirve para darse cuenta de la explotación, del hambre, la enfermedad de nuestros pueblos. Para saber que tenemos derechos...que somos humanos pues” (Entrevista recuperada en Rico, 2018b, p. 381).

Desde la perspectiva freiriana, el “ser humano” implica para el individuo ser agente transformador de su realidad y generador de procesos de liberación. La existencia humana, no puede ser muda y silenciosa, existir humanamente es pronunciar el mundo y modificarlo (Freire, 2003).

6. A manera de reflexión

El componente colonialista y de ocupación territorial en los conflictos armados como el actual genocidio en Gaza o el conflicto frente a la triada Transnacionales-Narcotráfico-Gobiernos locales en Chiapas, no se contenta con apretar al pueblo entre sus redes, busca la destrucción total del dominado, de su cultura, tradiciones y tipo de sociedad, tomando por blanco a niños, jóvenes y mujeres. Es por este motivo que los pueblos en resistencia recurren al fortalecimiento de su identidad, memoria colectiva y organización comunitaria para resistir.

La resistencia-rebelde se convierte así en un proceso histórico, político-pedagógico e intergeneracional en el que la conciencia, la esperanza y la motivación política permite a mujeres, hombres y a las niñas posicionarse como un sujeto colectivo. Las niñas de los pueblos en resistencia no están solas, por lo tanto, sus luchas no son aisladas, son parte integral e importante de sus comunidades, depositarias y creadoras de la historia y la memoria de sus Pueblos motivo por el que participan en actividades productivas, políticas y culturales para la reproducción y transformación social convirtiéndose incluso en tutores de resiliencia para sus abuelos, padres, madres y hermanos.

Tanto en Gaza como en los campamentos de desplazados de Chiapas se pueden observar imágenes de niñas, niños y adolescentes buscando alimento, acarreado agua y leña para sus familias, participando en actividades de rescate, asumiendo la responsabilidad de ser los cuidadores de padres y abuelitos heridos o los tutores de sus hermanitos menores, al quedar en orfandad. Los campamentos de desplazados internos frente a la violencia criminal en Chiapas, al igual que los campamentos de refugiados frente al genocidio en Gaza se convierten en espacios pedagógicos de memoria y esperanza para las niñas, niños y adolescentes, en medio del hambre, el dolor y la injusticia nace también el inalienable derecho de las niñas a resistir, vivir, sonreír y luchar por dignidad, a pesar de la indolencia de la humanidad que se empeña en ignorar su existencia.

7. Referencias bibliográficas

- Corona, Y. y Pérez. C. (2000) Infancia y resistencias culturales. La participación de los niños en los movimientos de resistencia comunitarios. En N. Del Río (Coord.) *La infancia vulnerable de México en un mundo globalizado*. (pp. 127-145) UAM-Unicef.
- Checa, D. H. (2016) Resistencia civil y lucha no-violenta contra la ocupación en los territorios palestinos. En C. Navajas y D. Iturriaga (Eds), *Siglo. Actas del V Congreso Internacional de Historia de Nuestro Tiempo Logroño*. (pp. 523-536) Universidad de La Rioja.
- Desarrollo Sustentable A. C. y Colectivo EPUMX (2024) *Informe temático sobre desplazamiento forzado interno en México*. <https://centroprodh.org.mx/wp-content/uploads/2023/11/DesplazamientoForzado.pdf>
- Echeverría, M. y Luna, M. T. (2016). La subjetividad infantil en contextos de conflicto armado. *Argumentos. Estudios Críticos de la Sociedad*, 81, 39-60.
- Fanon, F. (1963/2001) *Los condenados de la tierra*. Fondo de Cultura Económica.
- Freire, P. (2003) *Pedagogía de la Autonomía. Saberes necesarios para la práctica educativa*. Siglo XXI.
- Hernández, R. A. (1999) *La otra palabra. Mujeres y violencia en Chiapas. Antes y después de Acteal*. CIESAS.
- Kapeliouk, A. (1988) *Les comités populares palestiniens*. Le Monde Diplomatique.
- Loewestein, A. (2024) *El laboratorio palestino*. Capitán Swing. <https://capitanswing.com/libros/el-laboratorio-palestino/>
- Lozano, P. (2007). *La guerra no es un juego de niños*. Editorial Intermedio.
- Martín-Baró, I. (1990) *Psicología social de la guerra*. UCA Editores.
- Marzouka, N (2004) Niños expuestos a la violencia en Palestina. Programa de salud mental de la comunidad de Gaza. Gaza y ribera occidental del Jordán. Palestina. *Psicología para América Latina*, 2. http://pepsic.bvsalud.org/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1870-350X2004000200005
- Médicos sin fronteras (2024) *Dejadme morir con mi familia: la historia de un refugiado gazatí en Cisjordania*. Recuperado el 2 de enero de 2024 de <https://www.msf.es/noticia/dejadme-morir-familia-la-historia-refugiado-gazati-cisjordania>
- Millán, M. (2014) *Des-ordenando el género/ ¿des-centrando la nación? El zapatismo de las mujeres indígenas y sus consecuencias*. UNAM.
- Musalem, D.R. (1993) La Intifada: solidaridad política y social en la lucha nacional palestina. *Política y Cultura*, 3, 283-300.
- Olivera, M. (2014) La dimensión de género en las situaciones de guerra y las rebeldías de las mujeres en México y Centroamérica. En F. Escárzaga, R. Gutiérrez, J. J. Carrillo, E. Capece y B. Nehe. (Coords.) *Movimiento indígena en América Latina: resistencia y transformación social*. (pp. 387-410). UAM-Xochimilco, BUAP, CIESAS.
- ONU (1948) *Convención para la Prevención y la Sanción del Delito de Genocidio* Artículo II. Recuperado el 2 de julio de 2024 de <https://www.ohchr.org/es/instruments-mechanisms/instruments/convention-prevention-and-punishment-crime-genocide>
- ONU (1990) *Los niños palestinos en los Territorios palestinos ocupados*. Comité para el ejercicio de los derechos inalienables del Pueblo Palestino. Recuperado el 31 de mayo de 2024 de https://www.un.org/unispal/wp-content/uploads/1990/03/CEIRRPRTs_310390.pdf
- Ospina, M. C. (2013) La subjetividad de niños y niñas en el conflicto armado colombiano: una construcción social. En S. V. Alvarado y J. Patiño (Eds.), *Jóvenes investigadores en infancia y juventud, desde una perspectiva crítica latinoamericana*. (pp. 37-60). Centro Editorial CINDE, Childwatch, Manizales.
- Pérez, J. R. (2023) *La Franja de Gaza en datos: el 40% de sus habitantes tienen menos de 15 años y más de la mitad de la población es pobre*. Newtral Data. Recuperado el 15 de octubre de 2023 de <https://www.newtral.es/franja-de-gaza-poblacion/20231015/>
- Pérez-Sales, P. (2004). El concepto de trauma y de respuesta al trauma en psicoterapia. *Norte de salud mental*, 5(20), 29-36
- Punamäki, R. L. (1990) Una infancia a la sombra de la guerra. Estudio psicológico de las actitudes y vida emocional de los israelíes y palestinos. En I. Martín-Baró. (Selec. e Intro.) *Psicología Social de la Guerra: trauma y terapia*. (pp. 253-267). UCA Editores.
- Quijano, A. (2003) Colonialidad del Poder y Clasificación Social. En A. Quijano. *Cuestiones y horizontes: de la dependencia histórico-estructural a la colonialidad y descolonialidad del poder*. (pp. 285-327). CLACSO.
- Quintero M. y Sánchez K. (2016) Emociones morales y políticas en el paradigma del mal: El (no) lugar de la infancia. *Investigación & Desarrollo*, 24(2), 240-266.
- Ramos, J. (2021) ¿Por qué Palestina-Israel es una cuestión de colonialismo de asentamiento? *Ayer. Dossier Colonialismo y neocolonialismo en el mundo árabe contemporáneo*, 124(4), 135-161.

- Rico, A. (2001) *Trece canicas*. Colección Oscura Palabra. Tinta-nueva Ediciones.
- Rico, A. (2018a) De la colonización al proyecto de emancipación y educación zapatista. Relatos de infancia: racismo, violencia y memoria colectiva. *Ra Ximhai, Ciencias Sociales*, 14(2), 63-86.
- Rico, A. (2018b), *Infancias y maternidades zapatistas: subjetividades políticas emergentes en las prácticas educativas y de resistencia-rebelde frente a la contrainsurgencia en Chiapas* [Tesis doctoral]. Universidad Veracruzana. https://www.uv.mx/pdie/files/2018/03/Tesis_Norma-Angelica-Rico-Montoya.pdf
- Rico, A. (2024). De la colonialidad a los procesos de subjetivación y participación de la niñez en movimientos indígenas. *Tramas. Subjetividad y Procesos Sociales*, (59), 81-110. <https://doi.org/10.24275/tramas/uamx/20225981-110>
- Soriano, S. (2006) *Mujeres y guerra en Guatemala y Chiapas*. UNAM.
- Tabak, J. (2023). Children without Childhood. Representations of the Child-Soldier as an-International Emergency. En B. Sandin, J. Josefsson, K. Hanson y S. Bagalopagan (Eds.) *The Politics of Children Rights and Representation*, (pp. 161-180). Palgrave Macmillan. <https://doi.org/10.1007/978-3-031-04480-9>
- Wieviorka, M. (2001) La violencia: Destrucción y constitución del sujeto. *Espacio Abierto*, 10(3), 239-248.
- Zemelman, H. (1992), *Los horizontes de la razón II. Historia y necesidad de la utopía*. Anthropos.